

¡Ah! ¡las dulzuras del nuevo arreglo son exquisitas!

Esas dos restauraciones no han traído nuevas revoluciones.

Los Robert y los otros son matrimonios modelos.

Maitre Papillot no está descontento del suyo. ¿quién se ha apesadumbrado por el arreglo? Maitre Fischbach, que es un abogado más batallador que doce normandos y más hurraño que un gato escaldado.

¡Una reconciliación le horripila, un arreglo definitivo le vuelve loco de rabia!

Morirá siendo así.

¡Amen!

---

## EL TREN AUXILIAR

---

### I

La guardia imperial fué en el ejército, bajo el segundo imperio, un cuerpo escogido, soberbio, y brillante.

La guardia, como se recordará, era mimada por la corte.

Pero es preciso hacerla la justicia de que dió prueba, en todas las ocasiones de una gran bravura, y que en el fuego se distinguía por sus esfuerzos, su empuje y su valor, como se distinguía en las revistas por su elegancia y por su maestría en las maniobras.

Como justo tributo rendido á la verdad, debemos añadir que la guardia no se mostraba enemiga de los placeres y que las aventuras galantes estaban en ella á la orden del día.



Marte cortejaba á Venus. ¿No era este su deber, después de todo?

El general Desmares, teniente en 1859 del cuerpo de granaderos y hoy uno de los oficiales generales de más viso del ejército, podría atestiguar la verdad de todo esto.

Bastaría para ello recordar su pasado.

El teniente Desmares, hijo de un coronel, colocado en esa feliz posición que permite á un padre reforzar los ingresos de su hijo, con una suma de trescientos francos mensuales—en aquel entonces apenas, se oía hablar de millones, como ahora, que, después de todo se habla mucho de ellos y rara vez se ven—era de exhuberante alegría. La vida le sonreía.

Había entrado en ella por la puerta de la dicha.

El general Desmares, no querrá referirnos una de esas alegres aventuras de que suele uno acordarse en todos sus detalles, hasta en la vejez más avanzada.

Era el día siguiente de Magenta.

Acababan de tirarse los últimos cañonazos y el ejército emprendía la marcha para Milán, en donde el entusiasmo de los habitantes le preparaba una entrada triunfal.

El regimiento de granaderos de la guardia había cumplido de una manera brillante con su deber, y el batallón á que pertenecía el teniente Desmares, se había cubierto de gloria.

Pero no era de los que estaban mejor de uniforme. Por el contrario.

Los uniformes, ajados y muy usados, mostraban las huellas de noches pasadas al sereno y durmiendo sobre el santo suelo.

Era una fortuna para el teniente Desmares que su presencia supliese al lujo de su uniforme.

Y lo suplía admirablemente.

Desmares era un hombre alto, muy bien formado, de rostro risueño, amable, de ojos azules y bigote rubio y coquetón.

Pero lo que sobre todo resaltaba en él, era su inalterable buen humor, sus energías, que no había nada que las doblegara, y una complacencia á toda prueba para todo el mundo: para con los paisanos, para con sus subordinados y para con sus camaradas.

En suma, se le adoraba, y realmente era adorable, como todo lo que es bueno, leal y desinteresado.



Desmares era un Picard de los alrededores de Amiens.

No era rico, pero podía vivir con holgura, con su sueldo y los trescientos francos mensuales que le pasaba su padre.

Esta holgura, que sería una miseria en comparación de la opulencia de la alta banca, le permitía satisfacer sus modestos caprichos y tener siempre un luis ó dos á la disposición de sus amigos, en caso de necesidad.

El que más se aprovechaba de esta facilidad del teniente, era un corso, Orlando Marucci, un pobre diablo de jefe de batallón, sin fortuna, casado con una mujer, á la cual no hubiera engañado aunque le pusieran un cañón al pecho, y padre de tres muchachas—una verdadera calamidad—que tenía que sostener con sus cortos recursos.

Este Orlando, un buen hombre en toda la extensión de la palabra, quería como todos al teniente Desmares, que le correspondía con su amistad y afecto.

Existía entre ambos una verdadera unión, en la cual el teniente Desmares había adquirido, casi sin darse cuenta de ello, cierto número de frases italianas, muy incorrectas; pero que

le fueron de gran utilidad durante la campaña.

Cuando sus camaradas no lograban entender una palabra, él no solo lograba entender á las gentes, sino que también se hacía entender.

El 5 de junio, el tercer batallón de granaderos de la Guardia, á las órdenes del comandante Orlando, destacado para preparar la entrada de las tropas en Milán, seguía el polvoriento camino que va de Castáno á la capital de Lombardía.

No sabían acerca de la situación del enemigo, sino que los austriacos debían estar en retirada sobre Brescia y Verona, y que la orden era presentarse en Milán.

El comandante Orlando llevaba en el bolsillo las instrucciones recibidas y no se ocupaba de más:

¡Preparar alojamiento para treinta mil hombres!

¡Alojamientos! Los milaneses, y sobre todo las milanesas, no deseaban más que alojar á cien mil hombres, si era preciso, con tal de que estos cien mil hombres no fuesen soldados de Giulay y de Francisco José.

La tarea del corso era, pues, de las tareas más fáciles.



En todos los pueblos y aldeas se le acogía como á salvador.

Los aldeanos hubieran tendido á su paso, con el mayor gusto, todo lo mejor que tenían en alfombras, tapices, flores y follaje.

¡Era un verdadero delirio!

Pero lo que sorprendía en todas partes al batallón, era la ausencia de hombres jóvenes y útiles entre la multitud que les aclamaba.

No veían otra cosa que ancianos, mujeres y niños.

Cuando preguntaban á alguien, contestábanles invariablemente:

—Está en el servicio.

—¿En qué cuerpo?

—En el *Tren Auxiliar*. ¡*Il Treno Auxiliare!*

—¿Qué cuerpo es ese?

—Voluntarios que van á reunirse á los piemonteses, con caballos y coches.

—¿Con qué objeto?

—No se sabe.

Era que el ejército piemontés había requisado, voluntariamente, cuantas caballerías, vehículos y gente había encontrado al paso.

Hasta las aldeas más pequeñas, en su entusiasmo por la unidad italiana, habían propor-

cionado cuanto poseían en caballerías, vehículos y toda clase de gentes capaces de conducirlos.

Toda esta gente se unció, pero en desorden, al carro de la independencia italiana.

Italianos y franceses se trataban como hermanos.

El teniente Desmares, con los zapatos rotos, el pantalón deshilachado por abajo, la chaquetilla con desgarraduras prendidas con alfileres, gracias á la industria de su asistente Piccord, hubiera servido de unión entre Francia y Lombardía si de ello hubiera habido necesidad.

Desmares conservaba un aspecto de vencedor.

En las etapas cortejaba á todas las mujeres y á todas las muchachas cuyos hermanos y maridos estaban incorporados al famoso tren auxiliar.

Pero hasta su llegada á las puertas de Milán, sus aventuras no salieron del terreno de la vulgaridad, no porque las italianas que encontró en su camino no estuviesen llenas de encantos y de seducción, sino porque la casualidad no le proporcionó ninguna sorpresa extraordinaria.



Por otra parte, las marchas incesantes, la necesidad de la vigilancia y los descansos rápidos, no le dejaban tiempo para las distracciones, y ya se sabe que se necesita tiempo para todo, hasta para las intrigas amorosas.

Después de Magenta, tan solo hubo una escaramuza. A partir de esta, nadie creyó en una guerra seria y durable, cuyo objeto escapaba entre nosotros á todas las inteligencias claras.

No existía el odio entre los franceses y los austriacos.

Se batían, pero sin esa violencia encarnizada de los pueblos que luchan por la libertad ó la vida.

Ninguno de ambos adversarios pensaba en agobiar ni destruir al otro. Aquella campaña tan rápida, no debía ser otra cosa que un duelo cortés entre los ejércitos que se hallaban frente á frente.

El teniente Desmares, lleno de alegría, como siempre, caminaba á eso de las ocho de la mañana, en compañía de su inseparable Orlando, á algunos pasos detrás de sus hombres.

Desde dos kilómetros antes de llegar á Milán, el batallón se vió rodeado y seguido de

multitud de curiosos que habían corrido á contemplar la vanguardia del ejército libertador.

Aquella multitud, compuesta en su mayoría de mujeres y de niños, como ocurre siempre que un regimiento pasa por una población con su música á la cabeza, no ofreció á la vista de los oficiales nada que fuera digno de llamarles la atención.

Pero poco á poco, la mirada de Desmares se fijó en una cabeza, de la cual le fué bien pronto imposible separar la vista.

Aquella cabeza producía en él la fascinación que producen en el teatro esos maravillosos diamantes que atraen la mirada y la retienen con irresistible poder.

La del teniente estaba fija en un cuerpo de regular estatura, admirablemente proporcionado, de busto lleno y sólido, fino talle y amplias caderas.

Pertenecía á una joven de unos diez y ocho ó diez y nueve años, que llevaba á otra más pequeña de la mano.

Aquella joven, por el calor del día, ya fuerse á aquella hora, no estaba vestida más que con una especie de corpiño flotante, con man-



gas cortas y tela bastante fina, de tonos casi amarillos que dejaban al descubierto los brazos más lindos que puede poseer una morena.

Sus cabellos, de un negro mate, estaban cubiertos por un sombrero de paja adornado con un ramo de flores campestres. Una falda corta de algodón de color rojo completaba aquel traje en unión de unas medias rayadas y unos zapatos, en los cuales un pie de Cendrillon se hubiera visto en calzas prietas para éstar. Pero lo que atraía sobre todo la mirada del teniente, eran los ojos, que brillaban como dos estrellas polares bajo pestañas admirablemente dibujadas.

Aquellos ojos ejercían sobre los suyos una especie de obsesión invencible.

El comandante Orlando lo notó bien pronto.

—¿Qué os pasa, amigo mío?—preguntó.

—¡Véis, mi comandante?

—¿Qué?

—Aquella lindísima muchacha.

—No falta quien se le parece.

Desmares dió un salto, como si el Corso hubiera proferido una blasfemia impía.

—¿Qué error, mi comandante? Pero, mirad, mirad.

—¡No soy miope! ¡Uf, qué calor!

Hacia calor en verdad.

Se hubiera podido cocer un huevo en la cuneta de la carretera, sobre la hierba, ya abrasada y amarilla, como el polvo que cegaba al batallón.

Pero el teniente, ni siquiera pensaba en eso.

No pensaba ni en el espectáculo de la ciudad, cuyos detalles distinguía ya, resplandeciente, bajo la irradiación de un sol tórrido.

La cúpula de la catedral, los campanarios de las iglesias y los tejados de los palacios, brillaban á la luz, bajo el cielo de un azul índigo.

Ya las casas de los barrios eran más numerosas y la ola de curiosos iba engrosando con aterradora rapidez.

Aterradora, para el teniente, que temía perder á su visión, porque la multitud aclamaba á los granaderos y se oprimía á su alrededor con frenéticos trasportes.

El oficial observó, con un estremecimiento de satisfacción, que la bella milanese ponía tanto cuidado por mantenerse á su lado, como él en no separarse de ella.

Sus ojos se entendían en ese idioma preciso y claro que se comprenden en todas las latitudes.



Pero esto no era bastante para el teniente, que trabó con ella conversación en un dialecto extraño de que él mismo se avergonzaba interiormente.

¡Hubiera dado dos años de vida por comprender y hablar con facilidad la melodiosa lengua de Petrarca y del Dante!

Por dicha para él, estaba allí el comandante Orlando.

El excelente hombre, fiel como un tórtolo á su hembra, servía con gusto á su preferido, cuyas maniobras observaba. Vino, pues, en su ayuda.

—¡Oh, niña hermosa,—la dijo mostrando al teniente,—he aquí un guerrero joven, cuya cabeza trastornáis, cosa que no tiene nada de particular, puesto que sois hermosa, verdaderamente hermosa.

—Soy tal y como mi madre me parió—contestó la milanese con una sonrisa que descubrió dos filas de dientes como perlas.

—¿Dónde vivís?

—Calle de Capuchinos.

—¿En qué barrio está esa calle?

—Del otro lado de la ciudad, en la puerta de Venecia.

—¿Vivis sola?

—Con mi hermana, que es ésta, y una vieja que se llama Bárbara.

—¿No hay hombres en la casa?

—Mi padre y mi novio están en el ejército.

—¿En dónde?

—En el tren auxiliar.

—Y cuando están en Milán, ¿á qué se dedican?

—Mi padre es alquilador de carruajes. Ha marchado con los carruajes y los caballos, llevándose consigo á Vincenzo.

—¡Ah! ¿Vuestro novio se llama Vincenzo?

—Sí.

—¿Es guapo?

La milanese se encogió de hombros imperceptiblemente.

—¿Le queréis mucho?

La joven se mordió los labios de una manera que colmó de alegría al teniente Desmares.

—Es muy bueno—respondió la joven, evadiendo la respuesta.

—¿Cómo os llamáis vos?

—Esperanza, Esperanza Nani.

—Es un nombre tan adorable como vos, exclamó Desmares.



La joven no enrojeció. Aceptó el cumplimiento sin parecer sorprendida. Debía haberlo oído más de una vez; miró sin embargo al teniente con agradecimiento.

—¿Estáis contenta por lo que está pasando?  
—preguntó el comandante.

—Contenta y orgullosa.

—¿Queréis á los franceses?

La joven se levantó sobre la punta de los pies y un relámpago pasó por sus ojos.

—Nos libran del extranjero—dijo—y son nuestros amigos.

Pronunció la palabra «extranjero» con verdadera rabia.

Sus blancos dientes rechinaron de cólera.

¡Era de su país!

—¡Oh!—continuó.—¡Arrojadlesde aquí, arrojadles, y os querremos!

—¡Se les arrojará, hermosa!

Y el comandante Orlando, que comenzaba á animarse á la vista de aquella juventud de tanto encanto, añadió:

—¡Los arrojaremos por el amor de vuestros hermosos ojos!

Desmases comprendía lo que hablaban.

Lo comprendía tanto mejor, cuanto que la

joven acompañaba cada palabra de una mirada de cariño dirigida á él.

Las pocas palabras que él deslizaba en la conversación: *amata, piacevale, bella figlia*, todo lo que sabía de frases dulces, agradables y halagadoras, llegaban á su destino y penetraban en el corazón de la milanesa por el camino de sus oídos, con mucha más seguridad que las del comandante, que, es preciso reconocerlo, era feo, grueso, ventrudo, y respiraba ruidosamente.

—¡Es un bombo exquisito, querido!—dijo el Corso.

Y cómo después de todo, no meditaba conquistista alguna por su cuenta:

—No os impacientéis, añadió cómo para animar al teniente, la volveremos á ver. No parece equivo que todas las mujeres de Lombardía nos perdonen, pero en aquellos momentos solemnes, ninguna era equiva.

¡Los victoriosos han tenido siempre derecho, en todos los países del mundo, al favor de las domas, sobre todo cuan arriesgan su vida por una causa noble y por librarlas de la opresión extranjera.

¡Preguntad á una francesa, que sea sincera,



qué no hubiera sacrificado por la expulsión de los Teutones que profanaban el suelo patrio!

¡Circulaban palabres de libertad, de Italia una é indivisible, que destrozaban los corazones y trastornaban las cabezas!

El olor de la pólvora estaba en el aire, y los cañonazos de Magenta resonaban aún en todos los oídos.

En tales ocasiones, los más prudentes, arrastrados por el delirio de las emociones humanas, no saben lo que hacen ni cómo se conducen; no parece sino que les quedan pocas horas de vida y que se debe todo á la embriaguez del triunfo.

—¿Nos permitiréis que os visitemos?—preguntó el comandante á Esperanza.

—¡Si queréis!...—contestó ésta.

—Iré con el teniente á veros.

El rostro de la joven se iluminó.

—¿Habéis dicho que os llamáis?...—replicó el intérprete.

—Esperanza Nani.

—¿Cerca de la puerta de Venecia?...

—Calle de Capuchinos.

En aquel momento sonaron los clarines y batieron los tambores.

La tropa hacía alto para formar y entrar en la población en columna.

El batallón se encontraba enfrente del arco del Simplón, de la Plaza de Armas y del antiguo castillo de los Sforza y los Visconti.

El teniente comprendió que había llegado el momento de la separación.

Cogió las manos de Esperanza, que no trató de retirarlas, y las llevó á los labios.

El teniente experimentó una especie de conmoción eléctrica y oyó tan solo estas palabras, que la milanese murmuraba con voz conmovida.

—*A rivederci!* ¡Hasta la vista!

—Sí—respondió él—sí, *carissima*.

Apenas hacía una media hora que se conocían y ya les costaba trabajo separarse. Esperanza fué bruscamente separada de su nueva conquista por un movimiento de la multitud que la arrastró consigo.

Cuando el teniente se volvió para verla de nuevo, había desaparecido.

Su corazón se oprimió.

Había recibido el foganazo de que habla Stendhal, con más verdad de lo que á sangre fría piensan los filósofos.



A las diez, los granaderos, llenos de polvo y mal vestidos, pero altivos y soberbios, entraron en Milán y formaron en columna de batalla en la plaza de la Catedral, en medio de un entusiasmo indescriptible.

Como no es nuestro propósito describir aquella fiebre de alegría, aquel frenesí de agradecimiento y de amistad, que no debían tardar en entibiarse, renunciamos á ello.

El teniente Desmares, como todos sus compañeros de armas, fué cubierto de flores, y el comandante Orlando bombardeado con rosas y amapolas.

Habian despojado los jardines, segado los campos y devastado los parterres.

¡Tales recuerdos no mueren nunca!

Sin embargo, Desmares no pensaba más que en la cabeza de *madona*, que había perdido.

Durante las furiosas aclamaciones de un pueblo en delirio, aclamaciones que repercutían de una manera vaga en sus oídos, no hacía más que repetir aquel nombre á fin de grabarlo en su memoria: *Esperanza Nani*.

Y añadía con una persistencia que probaba la impresión profunda que la joven había pro-

ducido en su espíritu: Calle de Capuchinos, puerta de Venecia.

Creía verla aun á su lado, tendiendo su diminuta mano con abandono, dominando con su gracia á todas las muchachas que se oprimían por todas partes: en las ventanas, en los balcones, en las calles, en la plaza y hasta en los tejados de la Catedral, cuyas campanas eran echadas constantemente á vuelo.

Digámoslo de una vez por todas, aquella multitud era presa de la locura, pero de la locura de la alegría, de la demencia del triunfo.

Aquel entusiasmo no tuvo en el corazón de Esperanza el eco que debió tener.

Al dirigirse al otro extremo de la ciudad, contemplaba con tristeza la mano que el oficial había cubierto de besos.

Llegó con sentimiento, llevando de la mano á su hermanita, á su casa de la calle de Capuchinos, pensando en el hermoso teniente, al cual creía no volver á ver.